

Comprensión y valoración

A pesar de que no fue un propósito conciente a la hora de seleccionar los libros a reseñar, este segundo número de Movimiento da reiteradamente cuenta de las complicaciones que tienen ciertas corrientes del pensamiento académico para entender el peronismo.

La pretensión de cualquier disciplina científica positiva es descubrir regularidades a partir de la generalización de un número suficiente de fenómenos. Así se logra clasificar, describir, explicar y predecir, todas ellas tareas propias de la ciencia. Sin embargo, las ciencias sociales, desde su creación a principios del siglo XIX, han mostrado dificultades para llevar satisfactoriamente a cabo esas tareas, por la singularidad que tienen los hechos históricos de mayor significación. Tal vez por eso estas ciencias se han concentrado en la descripción y, particularmente, en la clasificación. Con este fin, han creado teorías que aspiraron a incluir fenómenos diversos bajo un mismo concepto.

Sin embargo, debido a que la mayor parte de la producción en ciencias sociales se genera directa o indirectamente en Europa y Estados Unidos, la realidad del resto del mundo suele tender a ser descrita con analogías del tipo: "tal movimiento latinoamericano es una especie precaria del laborismo bávaro inicial". Aun quienes reniegan ideológicamente del etnocentrismo caen a menudo en esos yerros.

Max Weber, a principios del siglo XX, intentó desarrollar una ciencia social que combinara el arsenal estadístico e histórico con la reflexión comprensiva. Renegando a la vez de la tradición idealista que postulaba que todo suceso histórico era irrepetible y de la arrogancia positivista que quería imponer el matemático como único criterio científico, Weber demostró que es posible conocer y explicar objetivamente las intenciones de las personas, siempre que pueda el científico imaginarse en su terreno. Obviamente, situarse en el lugar de otro requiere que, aunque no los compare, respete sus valores y su forma de vivir, actitud evidentemente reñida con el etnocentrismo.

Pero el desafío para el peronismo es un poco más complejo aún: no sólo es importante explicar que hay otra historia diferente a la oficializada en universidades y academias y vincularla a otros valores, sino que además deben producirse conocimientos prácticos que permitan orientar las políticas públicas con un criterio de valoración propio de nuestra forma de concebirlas.

Por ejemplo, en la Argentina, la política social se enseña en universidades poniendo el eje en los incentivos, que es el enfoque que predomina en la ciencia social norteamericana: una buena política sería un conjunto de estímulos inteligentemente dirigidos. Sin embargo, nuestro patrón histórico de construcción de políticas sociales se basó en la consagración de derechos sociales. Por supuesto, es relevante conocer de qué manera se generan "incentivos negativos", pero es un error suponer que en la Argentina la dignidad humana puede concebirse individualmente y en forma aislada de parámetros ideales que proyectan la actuación del Estado y de la sociedad civil cuando son vulnerados. Naturalmente, nunca podrá construirse una ciencia empírica cuyo objeto exclusivo sean los derechos, pero eso sería menos absurdo que suponer que sólo es científico referirse a reacciones individuales ante estímulos materiales directos, y no, por ejemplo, a las expectativas que las sociedades tienen acerca de la dignidad o la justicia. Además, ese modelo de ciencia supone que el único objetivo relevante de las políticas sociales es el de adjudicar bienes o servicios, y no el de comunicar valores y conocimientos con la comunidad.

El ejemplo sirve también para explicar un malestar que sufrimos cotidianamente: no entendemos por qué la ciencia tiene que ser sistemáticamente una denegación de nuestros valores. Es por eso que hemos considerado la necesidad de intervenir, mediante esta y otras iniciativas del Instituto de Altos Estudios Juan Perón, en diferentes aspectos del debate académico. Sabemos que la formación política muchas veces genera temores infundados, por los recelos generalizados respecto a la actividad partidaria, pero también observamos que muchos jóvenes demandan ser capacitados. Para la juventud actual, la capacidad de dialogar es superior a la de querer imponer visiones del mundo. Es justamente esa misma concepción la que pretendemos para el Instituto: queremos leer a todos, no sólo a quienes opinan como nosotros, y queremos también investigar de qué manera podemos producir conocimientos que permitan impulsar en la práctica los valores que defendemos.

La academia no sólo ha dedicado sus mayores esfuerzos a desacreditar nuestros mitos, presumiendo que de esa manera denigraba nuestros valores. También convirtió la desesperanza en una moda, y brindó en los claustros mil razones para desinteresarse por el destino de la Nación. El conocimiento en ese caso promovió la ética del desencanto, ofreciendo motivos por los cuales deberíamos resignarnos a que los valores ya no formen parte de nuestro trabajo cotidiano. Nosotros queremos, en cambio, producir un conocimiento que pueda transformarse en propuestas de acción concretas, viables, que vinculen el saber científico con las herramientas que impulsen nuestros valores prominentes.

EL PERONISMO EN LA FERIA DEL LIBRO

“50 años de la caída de Perón: un balance sin máscaras”

Carlos Altamirano, Horacio González,
Cristina Reigadas, María Sáenz Quesada

Abrió el panel María Sáenz Quesada, señalando que el golpe de 1955 tuvo características diferentes a los de 1966 y 1976. No existía en 1955 un consenso generalizado en las Fuerzas Armadas respecto al derrocamiento de Perón; más aún, la mayoría del ejército permanecía leal al orden constitucional. Se trató, pues, de una revolución cívico-militar, al estilo antiguo.

La intervención de la destacada historiadora se centró en el análisis de los distintos sectores de la oposición al gobierno peronista que impulsaron el golpe y participaron en él. Mencionó en primer lugar al movimiento estudiantil universitario, nucleado en la FUA y la FUBA, que fue adverso al peronismo desde el principio, pues nunca dejó de identificarlo con el golpe de 1943. No obstante, este movimiento presentó fisuras entre reformistas y comunistas, a propósito de la guerra fría, por ejemplo. Los universitarios tuvieron sus víctimas y llevaron a cabo huelgas, lideradas por la UBA. Conocieron la prisión, por centenares. Construyeron grupos de choque que luego participaron activamente en 1955.

Otro sector relevante fueron los partidos políticos de oposición, cuyos militantes padecieron persecuciones, cárcel, exclusión de los cargos públicos, etcétera. Dentro del radicalismo el grupo unionista era el más proclive al golpe, así como el sabattinismo. La intransigencia (Lebensohn, Frondizi) consideraba en cambio peligroso hacer causa común con los conservadores y se mostraba reticente frente a las actitudes golpistas.

El tercer sector abiertamente golpista fue la grey católica. Para finalizar, Sáenz Quesada insistió en que en las Fuerzas Armadas no había una mayoría golpista, ni siquiera en la Marina. Tenía más peso la oposición civil. La historiadora estimó que sin duda hubiera sido preferible una salida pacífica, aunque seguramente hubiera demandado más tiempo.

Por su parte, Carlos Altamirano —que sucedió en el uso de la palabra a Sáenz Quesada— afirmó que 50 años después del golpe de 1955 y a la vista de sus consecuencias, el juicio negativo sobre el mismo se impone de suyo. Se preguntó, sin embargo, si hubiese sido posible dirimir de otra manera el antagonismo planteado en ese momento. Según Altamirano, el antagonismo “peronismo-antiperonismo” tuvo un carácter catastrófico, al menos tal como se plasmó entre 1946 y 1955. El antagonismo es natural a la vida política —acotó—, pero no necesariamente en esos términos. A partir de 1983, poco a poco, empezamos a salir de ese antagonismo catastrófico.

Perón fue derrocado en 1955 por una constelación política, de índole cívico-militar. Las masas de la clase media fueron la

base de la oposición a Perón. El movimiento obrero, en cambio, lo sostuvo hasta el final. Se enfrentaron dos constelaciones políticas, dos sensibilidades diferentes, no siempre reductibles a ideologías. Para ambos contendientes el adversario era ilegítimo. En el caso del antiperonismo, ninguna mayoría redimía al peronismo de su naturaleza totalitaria.

Entre 1946 y 1955 se registró, en verdad, una guerra civil larvada. Después de 1955 no sólo se mantuvo la hostilidad hacia el peronismo, sino también un enérgico rechazo a todas las fórmulas que buscaban su integración al sistema. El golpe de 1966 se ejecutó para prevenir la eventual repetición de los sucesos de 1962 (triumfo electoral del peronismo). De igual manera, más allá de sus crímenes y demás atrocidades, el objetivo fundamental del golpe de 1976 fue la eliminación definitiva del peronismo, su aniquilación.

Después de 1983 se aceptó el hecho peronista. A su vez, como lo muestra a las claras la Constitución de 1994, el peronismo aceptó el constitucionalismo liberal, al cual se había manifestado anteriormente poco afecto.

El conocido investigador finalizó su exposición reiterando lo dicho al comienzo: es imposible celebrar el golpe de 1955. Fue un hecho desgraciado, si bien entre 1946 y 1955 el peronismo alimentó el encono. Pero sea como fuere, el balance sobre la revolución del 55 es francamente negativo.

Le tocó el turno a Cristina Reigadas. La filósofa y cuentista social, en una brillante intervención, comenzó sosteniendo que hacer un balance es difícil, pero resulta directamente imposible si se pretende prescindir de las máscaras (aludiendo al tema del panel).

El peronismo es uno de los mitos más poderosos y vivos en nuestro país, aseveró. Denominado “hecho maldito”, exige hacerse cargo de este enigma sociológico. Pero no cabe pensar la vida social sin máscaras, lo cual equivale a decir que no existe un peronismo “en sí”. Lo afirmado no legitima por cierto infinitas interpretaciones.

Corresponde preguntarse qué elementos convierten al peronismo en un hecho único, debido a su persistencia y vitalidad. El peronismo asume la causa de la emancipación americana y también los valores cristianos, más aquellos que emanan de las grandes revoluciones sociales modernas: la Francesa y la Rusa. Es una fuerza modernizadora, pero no sometida a ideologías rígidas. Si bien el peronismo se plantea originalmente en tajante contradicción con la “antipatria”, después Perón, el Perón de los 70, mitiga esa antítesis, al expresar que “para un argentino no hay nada mejor que otro argentino”, por ejemplo.

Por lo demás, el peronismo privilegió la democracia sustantiva frente a la meramen-

te formal. Se inscribió dentro de una ética nacional. Promovió la lealtad al Líder y el amor a Evita. Configuró una suerte de religión política, pero no fue único en esto. Paternalismo, religión y patria. Logró así una tan sencilla como potente simbolización. Por cierto los 70, con la incorporación de la clase media, sobre todo de sus jóvenes, implicaron una revisión.

El discurso académico suele encuadrar al peronismo bajo la categoría de populismo. Aun aceptado esto, debe subrayarse que el populismo no es necesariamente antidemocrático, como suele suponerse. Democracia se opone a demagogia; no a populismo. El populismo entraña sin duda sus peligros, pero en los tiempos que corren mucho menos el totalitarismo que una suerte de cinismo posmoderno "light".

Otras características distintivas del peronismo son su capacidad para evaluar lúcidamente la situación geopolítica, como también su sensibilidad social.

Perón fue un líder revolucionario con un proyecto reformista, cosa que no se comprendió. Comoquiera sea, no se puede pasar por alto el hondo proceso de destrucción que sufrió el peronismo en la década menemista, lo cual explica que estemos sumidos en una gran confusión moral, entre otros males.

Cristina Reigadas remató su presentación con una reafirmación y una pregunta: en el peronismo todas son máscaras, ¿podemos esperar alguna que lo reinvente?

Último orador, Horacio González reflexionó sobre la caída del gobierno del 55 a partir de la creación en nuestra sociedad de un sentimiento: la disposición a matar o, llegado el caso, incluso a morir. El grupo lonardista, conductor del golpe de 1955, estaba profundamente imbuido de ese sentimiento, típicamente católico, al menos en nuestro medio, según el talentoso ensayista.

La avanzada del grupo golpista del 55 sentía que necesariamente había que derramar sangre. Ajena o propia. La cuestión tiene un trasfondo religioso por donde se la mire. Se configuraron subjetividades trágicas, obsesionadas por una única opción: matar o morir. El grupo minoritario que acaudillaba la revolución tenía una decidida voluntad de combate, de inspiración redentorista.

El culto peronista, de fuertes connotaciones paganas, competía con la Iglesia. Iglesia y CGT se enfrentaban y excluían recíprocamente. El gobierno estaba expuesto, en realidad, a un peligro que desconocía.

Como podrá apreciarse, el panel fue de alto nivel y los cuatro aportes, diferentes en cuanto a tema y perspectiva, de gran interés, sin excepción. Fue notorio además el respeto existente entre los panelistas, que contagiaron al público. El quinto invitado, Julio Bárbaro, faltó a la cita.

Silvio Juan Maresca



Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005, 159 páginas

Marcela Gené

Un mundo feliz

Imágenes de los trabajadores en el primer peronismo. 1946–1955

En su libro, Marcela Gené se propone analizar la influencia de la iconografía en la construcción del movimiento peronista. En el último párrafo del libro la autora expresa el presupuesto que guió su trabajo. Al explicar que eligió el título tomándolo de la célebre obra de Aldous Huxley, señala que durante los dos primeros gobiernos peronistas, el amparo del Estado tuvo la contrapartida de la vigilancia y el control en los que las imágenes no tuvieron un papel menor.

Con este presupuesto, no sorprende entonces que al analizar el funcionamiento de la Subsecretaría de Informaciones base su análisis en el informe elaborado por la Comisión N° 21, designada por la autodenominada Revolución Libertadora, para investigar las irregularidades en el manejo de los fondos destinados a la propaganda por el gobierno peronista. El motivo de la utilización de esta fuente de dudosa imparcialidad es, según la autora, la desaparición de documentos y archivos oficiales.

No obstante, y tal vez sea una de sus originalidades, el libro se atreve a cuestionar desde la imagen un clásico de la mayoría de los intelectuales a la hora de analizar el peronismo: su asociación con el nazi-fascismo.

“Uno de nuestros objetivos –escribe la autora– es cuestionar el argumento que postula la vinculación estrecha y excluyente entre la gráfica peronista y la de los regímenes europeos de entreguerra. En este sentido, establecer comparaciones con las producciones acuñadas en las décadas de 1930 y 1940 en los Estados Unidos y en la Unión Soviética revolucionaria muestra nuevas aristas de convergencia-divergencia, revelando mayores semejanzas entre estas iconografías y las del peronismo que entre las de este último con los repertorios nazi o fascista”.

Gené señala que una de las principales preocupaciones del peronismo desde sus orígenes fue la creación de un conjunto de símbolos que le otorgara identidad y, para respaldar esta afirmación, cita el testimonio de Leopoldo Marechal quien aseguró que, en 1945, ante la imposibilidad de desplegar una campaña que alcanzara el mismo nivel que la emprendida por la Unión Democrática, Juan Domingo Perón habría dicho: “pónganme a mí en la punta de un palo y úsenme como afiche”.

Pero enseguida sostiene que el ícono peronista por antonomasia fue el del trabaja-

dor, presentado en tres versiones: el descamisado, desdoblado en el obrero industrial y en el peón de campo; otra categoría es la que denomina "hombre de carne y hueso" para indicar al trabajador en el ámbito privado y familiar; y, por último, la enfermera como versión femenina del obrero industrial, aunque asegura que a la hora de representar a la mujer el peronismo prefirió el espacio tradicional de la maternidad y del hogar.

Con este presupuesto, pasa revista por las imágenes de los trabajadores que circularon en la propaganda gráfica de afiches, folletos y avisos de prensa, con un interesante relevamiento de dibujantes y diseñadores, entre los que aparecen las principales plumas de la época, como Arístides Rechaín, Ricardo Parpagnoli, Pascual Guida (Pasant) y Ernesto Pelissier, todos del diario *Crítica*, Roberto Mezzadra, el autor del conocido afiche de Perón sonriente y en mangas de camisa, y Alfredo Pachelo. Se suman Héctor Alfonsín y Aristo Téllez con sus piezas conmemorativas del Día de la Lealtad.

En el capítulo reservado para los cortometrajes cinematográficos, se detiene extensamente en la organización interna de la Secretaría de Informaciones y en el rol de Raúl Apold al frente del organismo desde 1949, a quien señala como un conocedor de la industria del cine y como un particular interesado en su desarrollo a partir de su porcentaje en las acciones de Argentina Sono Film compartidas con Juan Duarte, secretario privado de Perón.

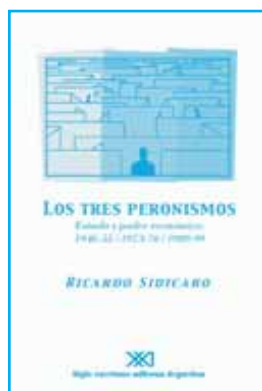
Tras afirmar que la legislación referente a la relación del cine con el Estado fue tomada de su promotor, el senador conservador Matías Sánchez Sorondo, autor de la ley 11.723 que creó el Instituto Cinematográfico Argentino, la autora reseña la historia de los noticieros *Sucesos Argentinos* y *Noticiero Panamericano*, y precisa el análisis sobre 23 películas de las cuales 2 son sobre las exequias de Eva Perón, 11 son documentales y las 10 restantes son "cortos de argumento" que destaca como una originalidad del

gobierno peronista. Señala que "se trata de un conjunto de cortometrajes de carácter argumental filmados entre 1950 y 1953 que expresan cabalmente aquello que el peronismo concebía como modelo de propaganda cinematográfica: la búsqueda del impacto emocional antes que el razonamiento sobre la información, la implicación sensible del espectador como sujeto activo de los procesos antes que el receptor distante de crónicas de acción gubernamental".

Dentro de estos cortos ubica "El Pueblo con Perón", una producción de Empa, de 1953, sobre lo que la autora indica como "el bombardeo de Plaza de Mayo el 15 de abril de ese año", confundiendo las dos bombas que estallaron durante el acto organizado por la CGT, el 15 de abril de 1953, mientras Perón pronunciaba un discurso desde los balcones de la Casa Rosada, con los bombardeos producidos en el mediodía del 16 de junio de 1955. Reitera este error cuando relata una reunión convocada por Apold para explicar el "Plan de Coordinación de la Difusión, Propaganda y Contrapropaganda", y escribe confundiendo también el número del día: "El 16 de abril de 1953, cuando todavía la Plaza de Mayo mostraba los signos del bombardeo de la víspera, Raúl Apold reunió a los gobernadores provinciales en la Casa de Gobierno..."

En cualquier otro contexto, la confusión no pasaría de un error menor, pero en la historia de los dos primeros gobiernos peronistas, aquellas bombas arrojadas en la Plaza de Mayo significaron la declaración de guerra abierta por parte de una oposición que se había contenido hasta entonces de acciones directas y que detonaron la reacción del pueblo y del gobierno peronista, acusados luego por los golpistas de 1955 de haber ejercido la violencia contra los disidentes, los mismos que no dudaron en arrojar aquellos explosivos que provocaron 13 muertos y alrededor de 100 heridos.

Araceli Bellotta



Ricardo Sidicaro

Los Tres Peronismos

Estado y poder económico 1946-1955/
1973-1976/1989-1999

Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2002, 256 páginas

El justicialismo siempre resultó difícil de analizar con las categorías y modelos gestados, principalmente en Europa, para comprender los comportamientos de los partidos políticos, también nacidos como tales en el Viejo Continente. Comparte esta ubicación "sorprendente" con otros movimientos policlasistas: nacionales (el radicalismo), latino-

americanos, muchos agrupamientos políticos de las democracias del mundo en vías de desarrollo y, por qué no incluirlos, hasta los mismos partidos Demócrata y Republicano de los Estados Unidos.

El trabajo de Roberto Sidicaro adquiere significado tanto por lo que enuncia como por lo que calla. Desde el mismo

título que lo encabeza, *Los Tres Peronismos*, cabe formular la cuestión de que, si hubo tres, no existe, entonces, un peronismo.

Pero, según dice en la "Introducción", el autor considera que el justicialismo fue tratado durante demasiado tiempo por las ciencias sociales "como un fenómeno que se apartaba de las modalidades supuestamente *normales* propias de un desarrollo político igualmente normal". "Sin embargo –afirma–, luego de medio siglo, las numerosas evidencias de que el peronismo se convirtió en un partido tradicional del sistema político argentino permite analizarlo con más soltura con los mismos instrumentos conceptuales y preguntas empleados para indagar sobre cualquier otro agrupamiento electoral".

El enfoque elegido por Sidicaro es una "reconstrucción sociológica" que se centra en una revisión de las relaciones entre los gobiernos peronistas del siglo XX y los "actores socioeconómicos predominantes". Aunque al final del trabajo acota que "las variables y dimensiones explicativas empleadas para analizar las relaciones (...) no pretendieron abarcar la totalidad de esos procesos".

Para los partidos políticos, toma la definición de Max Weber en *Economía y Sociedad*: o "son esencialmente organizaciones patrocinadoras de cargos (...) o son principalmente partidos de ideología que se proponen, por consiguiente, la implantación de ideales de contenido político (...) [aunque] por lo regular, los partidos suelen ser ambas cosas a la vez". Si bien el justicialismo nunca ocultó su decidida vocación de construir desde el ejercicio del poder político, no habría lugar desde el enfoque weberiano para la frase con la que solía responder Perón cuando le preguntaban si el peronismo era de izquierda o de derecha: "según los hechos", decía.

Refiriéndose a las dos primeras presidencias del general Perón, por ejemplo, el autor considera que las instituciones y los instrumentos intervencionistas del Estado en la actividad económica, desarrollados en la Argentina por los conservadores desde la década del 30, "se convirtieron en una condición estructural y objetiva que facilitó la creación de la nueva fuerza política". Los gobiernos militares, entre 1943 y 1946, ampliaron crecientemente la autonomía de esta presencia del Estado y la expandieron al ámbito social, algo que los conservadores nunca imaginaron y, por supuesto, combatieron. Pero limitar el análisis a las declaraciones de políticos o corporaciones en Argentina no considera que el crecimiento de la ingerencia oficial en la economía fue también una respuesta generalizada en las principales democracias occidentales capitalistas: frente a los estragos de la depresión de los años '30, el esfuerzo productivo que requirió la Segunda Guerra Mundial y, más tarde, la reconstrucción de Europa occidental.

A comienzos de los años '50, el proyecto dirigista de sustitución de importaciones y transferencia de recursos del sector agrario a las "industrias nacientes", mostró signos de agotamiento. Por lo tanto, la actitud del gobierno peronista hacia la inversión extranjera comenzó a cambiar, desde el viaje a los Estados Unidos del ministro de Hacienda Ramón Cereijo (1950) para promover las oportunidades que ofrecía nuestro país, hasta la inclusión de la necesidad de las inversiones foráneas en el Segundo Plan Quinquenal (1952).

Durante los años de la proscripción entre 1955 y 1972 "el problema que se había presentado al desenvolvimiento industrial durante el gobierno de Perón subsistía y revelaba su carácter estructural", apunta Sidicaro, "mientras que el intervencionismo estatal sólo retrocedió en aspectos parciales después de la caída de Perón". Para el autor, fue precisamente durante esos mismos años que "el peronismo se convirtió en un movimiento político de organización e ideología imprecisas".

Siempre ha sido una tarea de resultados al menos incompletos tratar de explicar la adhesión de las mayorías a los movimientos políticos policlasistas desde marcos conceptuales generados a partir de la experiencia europea. Y, sobre todo, hacerlo sin vinculación tanto con los antecedentes históricos de cada sociedad como con los escenarios internacionales en que se gestan y desarrollan cada una de estas experiencias. Por eso es que el peronismo, y otros movimientos políticos mayoritarios en América Latina, se convierten en anomalías para muchos profesionales de la sociología y de la economía por igual.

Es imposible discurrir acerca de la construcción del justicialismo con abstracción de que su surgimiento ocurrió durante la Segunda Guerra Mundial y las décadas de bipolaridad de la Guerra Fría que la siguieron. Es al menos parcial tratar de explicar la tercera presidencia de Juan Domingo Perón por los éxitos o fracasos del Acuerdo Social (CGE-CGT) y el acotamiento de las capacidades del Estado en la economía, dejando al margen que, en esos años, el territorio argentino era sacudido cotidianamente por organizaciones guerrilleras entrenadas en países estrechamente vinculados a la entonces Unión Soviética, tanto como por grupos de la extrema derecha.

También parece un razonamiento acotado considerar que, durante la presidencia de Menem, el peronismo desarrolló un proyecto dirigido "contra el Estado", haciendo abstracción de que recibió un país en *default* parcial de su deuda externa durante una década, a partir de 1982. Y que los gobiernos de los militares y el de Alfonsín lograron el "milagro económico" de hacer crecer la ocupación el 10%, a lo largo de los años '80, mientras el producto de la Nación retrocedió en un promedio del 1% anual. Esta inocultable baja de la productividad, tapada con papel moneda, disparó una de las peores hiperinflaciones del siglo XX. Las empresas oficiales, mientras tanto, ya habían sido privatizadas *de facto*, en beneficio de sus propios gerentes y burocracias estables, sus proveedores y los grupos sindicales y los responsables políticos de turno.

Este libro de Roberto Sidicaro parece presentar protagonistas políticos y actores socioeconómicos que desarrollaran su acción en un mundo ideal de Estados-Naciones de soberanía ilimitada y economías cerradas; un escenario que comenzó a erosionarse al final de la Segunda Guerra Mundial, para disolverse en casi todo el planeta en las dos últimas décadas del siglo pasado. El libro de Sidicaro tampoco parece compartir esa definición del propio Perón de que la sabiduría política se muestra fabricando la montura para cabalgar "el espíritu de la época".

Beatriz Sarlo
la pasión y
la excepción

Eva, Sarlo y el mito de Argentina

XCI
Español

6

RESEÑAS

Beatriz Sarlo

La pasión y la excepción

Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2003, 272 páginas

Beatriz Sarlo reconoce que, por provenir de una familia antiperonista, en la década de 1970 sólo pudo conocer “el mito de Evita” a partir del testimonio de quienes sí habían sido peronistas. A juzgar por el contenido del libro, nunca llegó a renegar de los mitos opuestos.

Sarlo reconoce rápidamente que Evita fue excepcional, pero cuesta acordar con las razones que aduce: no se trataría de una cualidad sobresaliente, sino de una combinación desconocida de belleza, inteligencia, ideas, capacidad política, origen de clase e “historia de aldeana humillada que se toma revancha cuando ha llegado arriba”.

A partir de semejante hallazgo, dedica una considerable cantidad de páginas a tratar de demostrar que “mucho de lo que después fue la base de su magnetismo corporal, estuvo en el origen de su fracaso como aspirante en el mundo bastante poblado de la industria cultural argentina”. Lo hace con evidente deleite, describiendo minuciosamente frustraciones y defectos, a fin de refutar la irrelevante hipótesis de que Eva fue una actriz exitosa devenida en líder político. Prácticamente el único comentario favorable para ella en todo el libro es el que refiere a algunos de sus atributos físicos: “la estatura, las piernas y brazos largos, los buenos dientes, el buen pelo y la piel perfecta, la regularidad nada vulgar de la nariz, el perfil fino, la vibración radiante de la piel”.

También intenta demostrar que “Eva tiene la ética de la convicción, enfrentada con la ética de la responsabilidad. Ella no es prudente”. Para ilustrarlo, afirma que en la Fundación Eva Perón se trabajaba “sin método y sin horario, como lo relatan los testigos más favorables a ese estilo de caridad estatal plebeyo, paternal, desordenado, sensible a la empiria del sufrimiento y atado a los detalles, como si todo plan fuera un insulto a las necesidades de sus beneficiarios”.

El “exceso” de Evita residiría en otorgar hasta lo que los pobres “no se atrevían a pedir”, por oposición a las clásicas sociedades de caridad, que juzgaban impertinentes los pedidos que sobrepasaran la imagen que ellas tenían sobre las verdaderas necesidades. Para evitar el riesgo de que alguien se muestre partidario de semejante “exceso”, Sarlo inmediatamente ensucia el concepto: “la Fundación ofrecía el plus de Eva como dadora: el don venía acompañado de su imagen real o de su iconografía”.

Para no presentar una imagen demagoga de Evita, cita una frase de antología de Celia Martínez Seiber, publicada en 1938 en *Estampa*, bajo el título “De cómo un grupo de distinguidas niñas porteñas transforma el aporte de un centavo diario en obras de ayuda social”. El hallazgo dice: “Hay gentes

que exageran la miseria en que viven; otras lloran apreturas infinitas, pero no desean hacer nada por dejar de padecerlas, y también existen, aunque parezca exageración, las que se niegan a hacer abandono del conventillo para trasladarse a un lugar más habitable”. Pero la comparación, lejos de facilitar reflexiones vulgares sobre la política social, sirve para que Sarlo pueda referirse a la medida en que el protagonismo de Evita era fuente de escándalo, y eludir así otro tipo de consideraciones tal vez un poco más relevantes. De hecho, abunda en ese aspecto más para criticar a Evita que para alabarla: antes de 1944, era “una de esas pequeñitas notoriedades que no desbordan de un medio a otro, que carecen de continuidad y que han sido conseguidas con la decisión de utilizar todos los recursos”. Flagrante ligereza en la que caen numerosos antiperonistas supuestamente progresistas: cuestionan a Evita por haber sido ambiciosa, como si esa cualidad estuviera vedada a las buenas mujeres.

Otra referencia obligada tampoco podía faltar: “El régimen peronista era escasamente republicano, más plebiscitario que democrático, de bajo tenor en sus instituciones políticas representativas y sostenido en cambio por corporaciones y un vasto movimiento social”. Frase que se entiende si se acepta que sólo cabe ser democrático y republicano en la medida en que se limite la participación social; aunque es curioso que el término “representativo” pueda entonces quedar del lado opuesto. Y la referencia al sostenimiento en las corporaciones no deja de ser hipócrita, teniendo en cuenta la forma en que llegó al poder el resto de los gobiernos entre 1930 y 1973.

En ese esquema, se comprende también la referencia a una Evita que ocuparía “un lugar político no republicano”, con “fueros especiales colocados por encima de las instituciones republicanas”. Más aún: según Claude Lefort, “los regímenes democráticos son aquellos en que el poder no está consustanciado indisolublemente con el cuerpo de una persona”, cita que le permite a Sarlo regodearse con una serie de disparates acerca del cuerpo “monárquico” de Evita.

La pasión de Evita se explicaría entonces porque fundó un “estado de bienestar a la criolla”, consolidado mediante “un ritual absolutamente necesario” por la “debilidad institucional de todo régimen nuevo”. Sigue: “El peronismo no basaba su poder en las instituciones tradicionales de la república liberal a las que les quitó tanto poder como relevancia simbólica, sino en los sindicatos y en un dispositivo cultural y propagandístico de una magnitud desconocida en la Argentina”. Le faltó tal vez alguna mínima referencia a las elecciones, las anteriores y

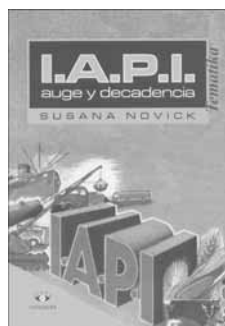
las posteriores a 1955. Llegados a este punto, hasta Gino Germani parece imparcial, pues reconoció una elemental racionalidad en los seguidores del peronismo por las conquistas sociales adquiridas y también concedió que la mayoría en las urnas fue su principal capital político.

Cayendo en el lugar común de otros críticos, no hace referencia a las acciones de Evita sino para considerarlas como simple resultado de frías estrategias de poder. Hasta su pasión era calculada. Por definición, nada de lo que Perón o Evita decían era cierto. Ni siquiera sus emociones fueron sinceras. Solamente se le reconoce verosimilitud a sus muestras de debilidad, a todo aquello que preste utilidad como confesión de parte en aspectos que los desmerecen (por ejemplo, cuando Perón, preso en Martín García, admite tener miedo; confirma así que era un pusilánime, y el resto sólo eran alardes para ocultar su miedo congénito).

En los líderes del peronismo, todo es ambición, todo cálculo mezquino. Sus ideas

son simples fórmulas para ganar votos. Cualquier análisis político sensato debe dejarlas de lado e ir rápidamente a los aspectos del "régimen" que resultan inaceptables. Se pierde así la oportunidad de analizar algo fundamental: la prédica de Evita llegó tan profundo que la sobrevivió por décadas, rompiendo con la "deferencia" y permitiendo por primera vez a los pobres de la Argentina tomar conciencia de su poder para consagrar y defender sus derechos sociales. Los procedimientos de la Fundación son inadmisibles para los parámetros de hoy, como pueden serlo también los vestidos de Evita. Pero lo curioso es que a tanto crítico bienintencionado le cueste diferenciar lo principal de lo accesorio: el odio de los anti-peronistas hacia ella no proviene de sus "excesos", sino de haber sublevado al aluvión zoológico. Todo el resto son imposturas más o menos sutiles.

Mariano Fontela



Susana Novick

I.A.P.I.

Auge y decadencia

Buenos Aires, Catálogos, Segunda Edición, 2004, 158 páginas

Susana Novick, con su libro *I.A.P.I. Auge y decadencia*, editado por primera vez en 1986, analiza y rescata del olvido una de las instituciones más importantes de los dos primeros gobiernos justicialistas (1946-1955). Propone el análisis del Instituto de Promoción del Intercambio (IAPI) como un camino para imaginar soluciones tendientes a combatir el desempleo y la exclusión social, en momentos en que nuevamente el sector agro exportador se presenta como el motor de la reactivación económica de la Argentina.

El texto admite dos lecturas, una explícita: la historia, características y contradicciones interpretativas del organismo; y otra subyacente: la que aportan las imágenes y algunas categorías de análisis que, utilizadas esporádicamente, muestran no sólo el cambio histórico sino también su interpretación.

El libro comienza con una ojeada histórica sobre la evolución de la producción y el comercio argentino antes de 1945, momento en que se inicia una nueva etapa definida como una alianza de clases entre industriales nacionales y trabajadores. Se enumeran sucintamente los principales aspectos de la política económica peronista, centrada en diferentes mecanismos que regularon gran parte de las relaciones económicas y sociales. Para neutralizar la dependencia argentina de los recursos provenientes del comercio exterior (en especial de la producción agrícola-ganadera), el gobierno de Perón decidió la creación del IAPI, con el fin de ejercer una acción centralizada y directa sobre los intercambios externos.

El relato prolijo y exhaustivo del desarrollo de la Institución (complementado por los apéndices estadísticos y legislativos) abarca desde los inicios hasta su liquidación en 1969. Enumera los propósitos que guiaron su creación; rastrea toda su evolución enfatizando en las relaciones económicas (el rol monopólico en la comercialización de productos agrícolas y la menor ingerencia en las importaciones). Se describen también sus actividades financieras (adquirir los servicios públicos que estaban en manos de empresas extranjeras o expandir el perfil productivo de las empresas estatales), y las acciones de promoción y fomento a la industria.

Uno de los capítulos más interesantes es el dedicado a las posiciones divergentes respecto del IAPI. Los argumentos de la postura de oposición total sostenida por el liberalismo político y económico, antagonizan con las razones de la defensa a ultranza del peronismo expresadas por Antonio Cafiero, Arturo Jauretche y Rodolfo Puiggrós. Por otro lado, Juan Carlos Esteban sustenta *la defensa crítica*, que rescata el fortalecimiento del Estado y el desarrollo autónomo del país, pero objeta la no nacionalización de los frigoríficos y los latifundios azucareros y el no haber monopolizado la exportación de lanas ni controlado totalmente las importaciones.

Novick se ubica también en la línea de defensa crítica. Reconoce la voluntad política del peronismo para aprovechar las condiciones internacionales y lograr un mayor grado de independencia nacional, pero señala como limitaciones del gobierno no haber modificado la estructura jurídica de tenencia

de la tierra, otorgar subsidios a las empresas privadas y la utilización de los fondos del IAPI en el proceso de sustitución de importaciones (se benefició especialmente a la industria liviana y sólo en las etapas finales a la industria pesada).

El Proyecto de la Justicia Social tuvo su fundamento en la Reforma de la Constitución de 1949 y materializó sus principios a través de los dos Planes Quinquenales. En ellos se planificaban las inversiones para el desarrollo de las áreas de salud, educación, vivienda y acción social. En este contexto el IAPI fue una herramienta fundamental, y no sólo un instrumento del intervencionismo estatal para la aplicación de medidas proteccionistas.

Si bien el enfoque es de carácter descriptivo, la autora realiza algunas interpretaciones. En la introducción dedica un párrafo a diferenciar los términos subdesarrollo y dependencia y afirma que si bien ambos se “interpenetran” no son sinónimos. En forma tangencial enuncia la cuestión de las categorías de análisis utilizadas por economistas y sociólogos en los años '60 y '70. Recupera tímidamente la Teoría de la Dependencia –en contraposición al desarrollismo– para interpretar el fenómeno del “atraso” de los países “en vías de desarrollo”. Afirma que la dependencia es la condición del subdesarrollo; considera falsa la idea de que el desarrollo transcurre linealmente a través de una sucesión de etapas que todos los países necesariamente deben a transitar para lograr su progreso. “Por el contrario, pareciera que el capitalismo de los países altamente industrializados no es autosuficiente, sino que necesita como condición de su subsistencia, una permanente relación con economías inferiores para obtener un excedente”. Concluye afirmando que si bien el IAPI “no transformó definitivamente las bases del sistema económico –en lo prin-

cipal capitalista dependiente– fue el intento más serio por nacionalizar la economía e independizarla de los centros financieros internacionales”.

Resulta interesante destinar un párrafo al diseño de esta publicación. En los dos primeros capítulos se reproducen imágenes alusivas al IAPI, extraídas del libro *La Nación Argentina. Justa, Libre y Soberana* (1950), destinado a difundir las obras y logros del gobierno peronista, mediante láminas de gran impacto visual y textos sencillos. Estas ilustraciones permiten recrear el clima de aquella época, cuando la comunicación no era sólo un problema de imagen y el pueblo conocía el destino de la riqueza que se generaba con su esfuerzo.

Estamos en el siglo XXI y las nuevas corrientes de pensamiento no identifican al imperialismo sólo con un Estado-Nación (los Estados Unidos), sino con una red de relaciones de poder más compleja y abarcativa; los términos lucha de clases o soberanía popular quedaron archivados en los museos virtuales de los “grandes relatos”; actualmente el conjunto social llamado a resistir contra el autoritarismo del Imperio se denomina simplemente “multitud”.

La autora, al finalizar este libro deja planteada una pregunta: “¿Cómo podrá resolverse el problema de la deuda externa, si en el comercio externo predominan los intereses privados?”. Nosotros podríamos agregar otra cuestión: ¿es posible pensar e interpretar el presente de nuestro país, utilizando exclusivamente el discurso científico elaborado en los países centrales que hoy subsidian sus explotaciones agrícolas para mantener la identidad del paisaje, con el fin de incentivar la industria turística?

Catalina Pantuso



Alieto Aldo Guadagni
Contradicciones de la globalización
Oportunidades, desafíos y amenazas que enfrenta
 la Argentina del siglo XXI

Buenos Aires, Siglo XXI, 2004, 215 páginas

En esta obra, Alieto Guadagni analiza el contexto internacional y luego evalúa la situación particular de la Argentina en dicho escenario. Intenta Guadagni identificar y analizar las cuestiones económicas y políticas más relevantes del mundo actual. Busca, el autor, “ordenar y vincular ciertos factores presentes en el escenario internacional, para ayudar a construir un juicio de realidad acerca del contenido y el sentido de algunos de los cambios esenciales que se están produciendo en el mundo y brindar algunas pistas y señales que ayuden a recorrer el camino de adaptación a esas transformaciones, aprovechan-

do sus oportunidades y soslayando sus contradicciones y amenazas”. En el curso de la obra se destaca que la creciente integración económica entre las naciones no es un hecho histórico novedoso, dado que la actual globalización podría ser vista como la renovación de la tendencia integradora que surge en la segunda mitad del siglo XIX y concluye cuando comienza la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, el proceso interrumpido en 1914 fue más coherente que la globalización contemporánea, con una mejor asignación en los recursos productivos y una más eficiente y equitativa división del trabajo. Los

mercados laborales en el mundo estaban mucho más integrados en el año 1900 que en el 2000 y el comercio internacional de bienes mucho más libre, abierto y sin restricciones durante el proceso interrumpido en 1914 que en el escenario de la actual globalización.

En el marco de la actual globalización –sostiene Guadagni– los países asiáticos han sabido comprender y aprovechar mejor que el resto de los países del mundo el hecho de que se está gestando un trascendental cambio de liderazgo económico mundial. Un liderazgo que, según el autor, pasará por primera vez en los últimos quinientos años de Occidente a Oriente, siendo la región Asia-Pacífico aquella que tenderá a convertirse, en los tiempos por venir, en aquella “fábrica mundial” que otrora fueran Europa y los Estados Unidos.

¿Cuáles son las oportunidades –se pregunta Guadagni– que este mundo actual ofrece a los países de América Latina en general y a la Argentina en particular? La respuesta del autor es categórica: a nuestra región no le es posible competir con los Estados Unidos por los negocios generados por las nuevas tecnologías de punta, ni con los países del Asia-Pacífico en la elaboración de productos industriales. En consecuencia, y según su particular modo de pensar, Guadagni concluye que a América Latina en general, y a la Argentina en particular, le queda como único papel posible ser el gran proveedor de materias primas y alimentos al mundo global. “¿Quién alguna vez no escuchó decir, o dijo, lo siguiente? Tenemos que dejar de vender cuero a Italia para que con ese cuero los italianos hagan los zapatos que venden en todo el mundo a precio de oro. Lo que tenemos que hacer es usar nuestro cuero para fabricar nosotros mismos los zapatos. El razonamiento parece de una lógica irrefutable pero adolece de un inconveniente. Sucede

que en el supuesto que se produjeran aquí zapatos de un nivel de diseño y calidad equivalente a los que se producen en Italia, es aún menos probable que quienes, por dar un ejemplo, pagan cientos, y hasta miles de dólares, por un par de zapatos italianos vayan a dejar de hacerlo para adquirir zapatos argentinos, aún cuando su precio fuera menor al de los italianos que están habituados a comprar”.

La Argentina –bajo la particular óptica de Guadagni– debe conformarse con exportar eficientemente cueros y sus numerosas materias primas. Cabe destacar que si este razonamiento de Guadagni fuese absolutamente correcto, los japoneses nunca hubieran podido desafiar a los suizos –y luego desplazarlos del mercado internacional– en la fabricación de relojes, ni a los alemanes en la fabricación de máquinas fotográficas, ni a los estadounidenses en la fabricación de automóviles. Tampoco los chilenos hubieran podido conquistar jamás la interesante “tajada” del mercado neoyorquino de vinos –acostumbrado a los excelentes vinos franceses e italianos–, si alguna vez no se hubiesen atrevido a intentarlo. De igual modo, los australianos hubieran tenido que conformarse con exportar “uvas frescas” a Londres en lugar de vinos elaborados en su propia tierra, como actualmente hacen. Todo esto, sin olvidar que Brasil –cuyos cueros crudos y los calzados con él fabricados son de calidad habitualmente inferior a los argentinos– nunca se hubiese convertido en un importante exportador de zapatos a nivel mundial.

La idea de Guadagni, en síntesis, consiste en una especie de aceptación del viejo y pasado modelo primario, como llave del nuevo futuro por venir.

Marcelo Gullo

Darío Macor y César Tcach *La invención del peronismo en el interior del país*

Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 2003

El emprendimiento es elogiado y prometedor: solicitar una mirada (pues de eso se trata) a investigadores del interior sobre políticos del interior, constructores del fenómeno que más desvela a nuestros intelectuales.

Así, el libro –editado por la Secretaría de Extensión de la Universidad Nacional del Litoral, con la colaboración de la Maestría en Partidos Políticos del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba– reúne a investigadores (todos con funciones académicas) de Córdoba, Santa Fe, Salta, Neuquén, Tucumán, Jujuy, Mendoza, Río Negro y Santa Cruz.

Sin embargo, de entrada –en el artículo que abre el volumen– sus autores,

Darío Macor y César Tcach (editores a su vez de toda la obra), y comprometiendo improbablemente al resto, adelantan el resultado (buscado/encontrado) de su trabajo: reafirmar el encuadramiento del peronismo en lo que la teoría dominante en los claustros universitarios, argentinos y extranjeros, ha categorizado como *populismo*.

“La política argentina presume de inclasificable. Esta pretensión fue alimentada por sus propios protagonistas, y en especial, por el peronismo”, puede leerse en la página 5, y sigue: “Lejos de ser inclasificable, este mito originario del peronismo repite de modo riguroso todos los elementos de las construcciones fundacionales del populismo”.

Es una lástima, porque se trata de una apreciación que denota el uso –de nuevo– de un aparato teórico de abordaje por demás estrecho, que necesariamente termina esterilizando una búsqueda que –en este trabajo– puede reconocerse encarada con honestidad.

Pese a esto, el trabajo cuenta puntos favorables provistos por la rigurosa labor de relevamiento que ha servido de base a las especulaciones, y podemos citar en los distintos escritos aciertos considerables.

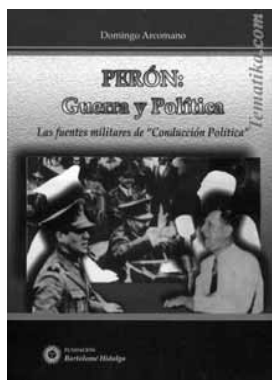
La discusión ideológica fuerte entre el peronismo y el liberalismo en torno a la ley de ministerios, y en especial el tema de la creación de un Ministerio de Asuntos Gremiales en Córdoba; la sorda lucha entre la Acción Católica y el Arzobispado en Santa Fe por el apoyo al naciente peronismo que impulsaba aquella, al compás del “solidarismo comunitarista” que propiciaba; la notoria ausencia de conservadores en la conformación del peronismo jujeño; la forzosa armonización de los intereses clasistas que impone el peronismo nacional alrededor de la producción

azucarera en Tucumán, así como la novedad casi absoluta que trae esa región aún hoy desconocida que es la Patagonia, constituyen, entre muchos otros, elementos de análisis y composición indudablemente valiosos.

Tampoco debería despreciarse la posibilidad de que estas contribuciones, en conjunto, den forma a su vez al aporte más relevante, que es el de permitir el mantenimiento de una sospecha pocas veces manifestada: las visiones particulares que enarbolan los peronistas del interior del país resultan –mucho más a menudo de lo que se cree– contradictorias con la versión del *peronismo oficial*, el que ciertamente y más allá de las vertientes que lo conforman, es de decidido cuño metropolitano.

Por sobre sus innegables contribuciones, tal vez quede como el producto menos querido de este trabajo la evidencia de los límites (¿cuestión de método, solamente?) de gran parte de nuestra intelectualidad para comprender al peronismo.

Adolfo Sequeira



Domingo Arcomano

Perón, Guerra y Política

Las fuentes militares de Conducción Política

Buenos Aires, Fundación Bartolomé Hidalgo, 2003, 256 páginas

He aquí un excelente libro acerca de las influencias militares en el pensamiento del General Perón. Dicen con acierto los editores que “la historia intelectual de Juan Domingo Perón nunca se ha escrito”. Nosotros agregamos que tampoco es común encontrar libros que traten con suficiente objetividad aspectos relativos a su pensamiento. Aportes de libros como el que comentamos son un ejemplo de los buenos resultados que un trabajo serio, ecuánime y responsable sobre la formación intelectual de Perón puede brindarnos para la comprensión más adecuada de su pensamiento. Bien informado, el libro de Arcomano nos adentra con un apropiado sistema en el análisis de los autores más importantes para la instrucción militar de la época y que nutrieron el pensamiento de Perón.

Arcomano no desdeña la discusión con reiterados preconceptos que pretenden derivar las ideas de Perón del fascismo y el nacionalsocialismo. Esta operación intelectual se realiza con el artero, fácil y no pocas veces efectivo expediente de inferir de su condición de militar argentino, formado bajo los comunes cánones alemanes, una suerte de germanización y nazificación doctrinaria que abarcaría toda su obra política.

La formación adquirida por Perón durante los años de su preparación profesional era por cierto la que brindaba el Ejército Argentino, influenciado fuertemente por las

doctrinas militares alemanas. Esta influencia, que alcanzaba también al ejército chileno, databa de la época en que el General Roca y su Ministro de Guerra Luis María Campos acordaron con el Kaiser Guillermo II la incorporación de profesores alemanes para la capacitación de los oficiales argentinos (1898). De esta impronta germana proviene también la creación de la Escuela Superior de Guerra como instituto de excelencia militar del ejército. Aunque parezca chiste, debemos decir, a esta altura, que alemán no es en modo alguno sinónimo de nazismo, pese a que haya quienes lo confundan.

Arcomano señala que las lecturas que impresionaron más fuertemente a Perón fueron *De la Guerra* de Karl von Clausewitz, *La Nación en Armas* de Colmar von der Goltz y los *Principios de la Guerra* del Mariscal Ferdinand Foch. También destaca las diferencias importantes con pensamientos como el de Ludendorff o Goerlitz y resalta la significación de los manuales operativos que sirvieron de base a Juan Perón para desarrollar sus primeros estudios en el campo militar. Recordemos, al pasar, que en 1913 se graduó como subteniente a la edad de 18 años y pasó todos los escalafones hasta alcanzar el grado de capitán en 1924 e ingresar en 1926 en la Escuela Superior de Guerra, donde se diplomó como Oficial de Estado Mayor en 1929. Hay que mencionar que durante ese lapso también ejerció la docencia dando cla-

ses a suboficiales y a oficiales, publicando distintos trabajos relacionados con los reglamentos de ejército y con la Historia Militar.

El autor dedica los primeros capítulos a analizar el tratamiento que ha merecido el pensamiento de Perón, en su relación con las fuentes militares, por parte de los historiadores y pensadores locales que se ocuparon –aun ocasionalmente– de la cuestión. La lectura del análisis realizado por Arcomano nos brinda una imagen clara de los desatinos que (interesadamente o no) se han escrito sobre el punto, con un total desapego por la verdad y absoluta impunidad. Desenmascara los traspiés de José Luis Romero al historiar las ideas argentinas, en su intento de mostrar a Perón como un remedo del fascismo. Lo mismo, respecto de Ezequiel Martínez Estrada. También se ocupa de los historiadores Tulio Halperín Donghi, Samuel Amaral y Mariano Plotkin. Y de los pensadores León Rozitchner, José Pablo Feinmann y Horacio González. En casi todos los casos se denota una apreciación errónea de las fuentes militares de Perón, especialmente en lo que se refiere tanto a sus escritos estrictamente militares como a una obra fundamental: *Conducción Política*.

También adquiere relevancia una clase magistral de Perón en la que analiza la Defensa Nacional desde una perspectiva integral, al calor de influencias ilustres como Clausewitz y, especialmente, von der Goltz.

Pocas conferencias han suscitado mayor interés entre los biógrafos y estudiosos del pensamiento de Perón que la que ofreciera, en su carácter de Ministro de Guerra, en la inauguración de la Cátedra de Defensa Nacional, de la Universidad de La Plata, el 10 de junio de 1944. En efecto, reiteradamente se ha señalado la importancia de sus asertos, a la par que se ha hecho notar la desigual repercusión que tuvo en su momento. Mientras que en el ámbito local fue recibida favorablemente aun por los más enconados detractores del entonces coronel Perón (v.g. *La Nación* y *La Prensa*), los conceptos allí vertidos causaron un alto impacto negativo en

el Gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica, en especial a través de quienes informaban desde la embajada local a las autoridades de su país, “simbióticamente entretnejidos” –al decir de Joseph A. Page– con las posiciones también claramente negativas hacia el coronel Perón, en particular, y hacia la Argentina, en general, del Departamento de Estado norteamericano, liderado por un hombre cuyo rencor hacia nuestro país remontaba ya de tiempo atrás: el tristemente célebre Cordell Hull. Toda una sucesión de circunstancias teñidas de prevenções llevaron a una paulatina e inevitable colisión y provocaron que la conferencia dictada por el Coronel Perón fuera interesadamente calificada por parte de los intérpretes norteamericanos como una pieza germanofilia, nazi y tendiente al totalitarismo. Bastó este hecho para que en lo sucesivo una pléyade de intérpretes locales, curiosamente, adoptaran similares calificativos.

Sin embargo, como escribe Arcomano, “la conferencia no difiere de nociones más o menos estables referidas al carácter de la guerra moderna, tal como se había desarrollado a la luz de las experiencias de 1914-1918 y 1939-1944. Su novedad radica en que fija el programa de desarrollo industrial y social, enfocados ambos desde la perspectiva –relativa como tal– de la defensa nacional”.

El autor, por último, aborda *Conducción Política* de Perón, relevando detalladamente el trasvasamiento de ideas que realiza Perón desde el campo militar al político.

Digamos, para finalizar, que *Perón, Guerra y Política* es un libro de imprescindible lectura, tanto por la importancia de su temática como por la calidad de su factura. Se trata de un análisis convincente que lo convierte en lectura obligada para estudiar con seriedad el pensamiento de Perón y sus verdaderos nutrientes ideológicos.

Guillermo Piuma

SUMARIO



Carlos Altamirano, Horacio González, Cristina Reigadas, María Sáenz Quesada
El Peronismo en la Feria del Libro 2



Marcela Gené
Un mundo feliz 3



Ricardo Sidicaro
Los Tres Peronismos 4



Beatriz Sarlo
La pasión y la excepción 6



Susana Novick
I.A.P.I. 7



Alieto Aldo Guadagni
Contradicciones de la globalización 8



Darío Macor y César Tcach
La invención del peronismo en el interior del país 9



Domingo Arcomano
Perón, Guerra y Política 10

Colaboraron en esta edición:

Araceli Bellotta, Luis Candurra, Mariano Fontela, Marcelo Gullo,
Silvio Maresca, Catalina Pantuso, Guillermo Piuma, Adolfo Sequeira.



INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS
JUAN PERÓN

Este Boletín es una publicación del Instituto de Altos Estudios Juan Perón, creado por disposición del Congreso Nacional del Partido Justicialista celebrado el 26 de marzo de 2004 el que aprobó la creación de una asociación civil sin fines de lucro que actuara como órgano de capacitación y formación del Partido Justicialista.

Aspiramos a que el Instituto de Altos Estudios Juan Perón se constituya en un ámbito dedicado a la investigación científica y doctrinaria y a la producción, sistematización y difusión de estudios, investigaciones y documentos destinados a profundizar y perfeccionar el sistema democrático, abordar los problemas nacionales, afianzar la justicia y la equidad social y proyectar a la Argentina en el mundo.

Para asociarse al Instituto no es necesario ser afiliado al Justicialismo. Sólo se requiere poseer título universitario o terciario, estudios avanzados en carreras de grado, o poseer una reconocida trayectoria en el desarrollo de tareas de índole político, social o cultural.

Vicepresidente: Silvio Maresca

Presidente: Antonio Cafiero

Para Informes e inscripciones: iaejuanperon@argentina.com